

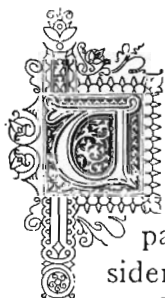


## II.

### LOS GELVES.

1559-1560.

Opinión autorizada acerca del estudio de los descalabros.—Proyecto de recuperar á Tripoli.—Lo dirige el Duque de Medinaceli.—Preparativos en Sicilia.—Composición del ejército y la armada.—Desórdenes.—Desembarco en los Gelves.—Construcción de un fuerte.—Llega la armada turca.—Rendición de la nuestra.—Juan Andrea Doria.—Sitio del fuerte.—Defiéndelo D. Alvaro de Sande.—Sucumbe.—Lo que costó la jornada.—Suerte de los cautivos.



UN historiador de gran autoridad tiene sentada, relativamente á los descalabros en la guerra, opinión que me complazco en transcribir, tanto me parece oportuna al principio del capítulo, y á la consideración de los que seguirán en este libro <sup>1</sup>; tanto conforma con las que en otro había anticipado <sup>2</sup>.

«Rara vez dejan de inquirir con esmero los historiadores las circunstancias de los hechos, y las calidades de los hombres que dan gloria á las naciones, esperandó, sin duda, que esta conmemoración de la virtud pasada aproveche á las gentes que viven y á las venideras. No es, con todo, el estudio de los hechos y de los hombres afortunados el que mayor

<sup>1</sup> Don Antonio Cánovas del Castillo, *Estudios del reinado de Felipe IV*, t. II. Madrid, 1889.

<sup>2</sup> *La armada invencible*. Madrid, 1884.



utilidad trae á las naciones, ni el más digno del cuidado de la historia. Mucho más que la prosperidad enseña la desgracia, lo mismo á una nación que á un individuo.....

»Por mi parte, he dicho ya y repito, que si la memoria de las pasadas grandezas vale para confortar los ánimos desalentados y levantar los pensamientos á esferas más encumbradas que nuestro patriotismo divisa actualmente, los reveses y los infortunios históricos pueden servir para más, que es para enseñar á evitarlos.»

De la jornada de los Gelves que voy á narrar, tengo hecho estudio separado con vista de noticias recogidas por los contemporáneos, de documentos de cargo y descargo, de manuscritos inéditos raros, ocultos hasta nuestros días, de piezas curiosas que dan idea de personas y cosas. No haré, pues, aquí más que sintetizar el escrito anterior, bastante fresco, si la curiosidad del lector desea registrarlo <sup>1</sup>.

Ansiando el gran Maestre de la Orden de San Juan en Malta recuperar la plaza de Trípoli, perdida en tiempos de su antecesor, envió á la corte de D. Felipe al comendador Guimarán <sup>2</sup> en embajada, pareciéndole la coyuntura de la paz europea de Cateau-Cambresis excelente, pues que consentía utilizar las fuerzas de mar y tierra del Rey católico antes de deshacerlas. Aseguraba al Monarca que era la empresa cierta, ejecutándola con celeridad y secreto, porque entretenido Dragut en cabalgadas y presas hacia el interior de Berbería, no contando Trípoli con más de 500 turcos de guarnición, sin repuesto de mantenimientos; asegurado el concurso del Rey de Caruan ó Caravan, y el de la mayoría

<sup>1</sup> *Estudios históricos del reinado de Felipe II, El desastre de los Gelves, Colección de escritores castellanos*, t. LXXXVIII, Madrid, 1890. Este trabajo ha sido objeto de un juicio notable, como lo son todos los del profesor Camilo Manfróni, historiador marino eruditísimo, publicado en la *Revista Marítima* de Roma, en Noviembre de 1895, cuando el presente capítulo estaba en la imprenta. El ilustrado crítico echa de menos la consulta de algunas fuentes italianas que no conocía yo en efecto; los escritos de Roseo y Campana, entre los contemporáneos; el especial de Pietro Machiavelli, titulado *La fuga delle Gerve*, y entre los modernos, la celebrada obra del P. Guglielmotti.

<sup>2</sup> Guimarán y Guimaraens le nombran las relaciones.



de los alárabes descontentos, vejados, oprimidos de los turcos, por naturaleza soberbios, injustos y avaros; y siendo difícil que á tiempo recibiera socorro de Solimán, concurrían las circunstancias contra el astuto corsario y debían aprovecharse antes que su creciente poderío llegara á amagar á otros puntos.

Entonces era virrey de Sicilia D. Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, gran señor en España por linaje, y secundó los propósitos del Maestre con informes favorables, deseando ocasión de honra personal en la jornada, tal como la alcanzó el Virrey anterior con la conquista de la ciudad de Africa ó Mehedía.

El Rey acogió con favor un pensamiento que más que á su reino interesaba á la cristiandad, ordenando sin dilaciones, así al príncipe Andrea Doria, general de la mar, como á los virreyes y gobernadores de Italia, facilitaran al Duque de Medinaceli, nombrado capitán general de la empresa, los elementos que reclamara, sin esperar otro mandato. Sin embargo, como la armada turca se dejara ver en el Adriático, amenazando con ataques como los pasados, ninguna de las autoridades principales quiso desprenderse de fuerzas que pudiera necesitar; lo que hicieron sin réplica fué activar la reunión en Mesina de las escuadras de galeras, formando armada respetable, á que concurrió D. Juan de Mendoza, general de las de España, determinación bastante para que Piali regresara á Constantinopla sin intentar nada.

Con las demoras pasó la oportunidad de la empresa que, según el dictamen del príncipe Doria, era en los meses de Septiembre y Octubre, por haber de ir la armada á costa peligrosa tan escasa de puertos como abundante en bajíos. El Duque de Medinaceli no dejaba de la mano los alistamientos de gente, junta de navíos, acopios de lo necesario, luchando con las dificultades naturales, entre las que ofrecía cierta gravedad en la armada la ausencia de Andrea Doria, agobiado por los años, por la designación que hizo, como lugarteniente suyo, para arbolar el estandarte real, de su sobrino Juan Andrea, «mozo brioso y mañoso, inclinado á las cosas



de mar, en cuyo manejo se había criado»<sup>1</sup>; pero muy distante, por sus circunstancias, de la autoridad del Príncipe, tanto que D. Juan de Mendoza, general de las galeras de España, alegando las órdenes que tenía de regresar á sus costas, rehusó la subordinación á Juan Andrea, y los otros generales se la dieron descontentos á más no poder.

A principios de Octubre se pasó muestra en Mesina á 12.000 hombres, puestos bajo el guión del Duque. Por lugarteniente iba D. Alvaro de Sande; maestre de campo general, D. Luis Osorio; general de la artillería, Bernardo de Aldana; administrador del hospital, el Obispo de Mallorca.

Se había desatendido por una ú otra causa la primera de las condiciones que requería el éxito de la empresa: la celeridad. La segunda, la reserva, se perdió por la tardanza misma y por haber caído en poder de los corsarios una de las fragatas despachadas por el Maestre de Malta á espiar la costa berberisca. Dragut, harto embarazado con la hostilidad insistente de los moros montaraces, tan luego traslució el peligro que de la otra parte le amagaba, despachó persona de su confianza con cartas y regalos suficientes á insinuar la urgencia del socorro si había de guardarse Trípoli, y tan bien las explicó el emisario, que mientras con parsimonia seguían en Sicilia los embarcos, llegaba desde Constantinopla un refuerzo de 2.000 turcos á la guarnición de la ciudad amenazada, cuyas fortificaciones se aumentaron lo mismo que la provisión de boca y guerra.

El Duque de Medinaceli trasladó las fuerzas expedicionarias desde Mesina á Siracusa, como puerto más adecuado á las últimas diligencias. Empleó, no obstante, en ellas otros dos meses, teniendo las tropas embarcadas en prevención de las desertiones, riñas y motines con que se iba significando la mala disposición de aquel ejército, pero con el consiguiente consumo de raciones de campaña, cuya mala calidad afectó á la salud del soldado, enfermando y muriendo por centenares.

<sup>1</sup> Cabrera de Córdoba, t. I, pág. 282.



En todo tiempo ha sido el logro norte de los contratistas; en ningún caso se echa de ver tanto como en la época de continuas guerras marítimas de que se va tratando, en que sin previsión, sin fiscalización, antes con la premura que no admite examen ni advertencia, se demandaban los artículos en enormes proporciones. Bien puede decirse que más vidas ha perdido España por asentistas que por enemigos.

Hábiles y entendidos como nadie en estos negocios los genoveses, habían tomado á cargo el suministro de raciones de la expedición, calculadas en 3.600.000, ó sean las suficientes para 30.000 hombres en cuatro meses, y antes de salir del puerto se advirtió que estaban en putrefacción, siendo indispensable reemplazar una parte siquiera que familiarizara á los estómagos soldadescos con la menos mala.

Pasada nueva revista resultó, por enfermedades y deserciones, baja de más de 3.000 hombres, componiendo el ejército 37 banderas ó compañías de infantes españoles, 4 de alemanes, 35 de italianos, 2 de franceses y 100 jinetes griegos y sicilianos. La armada, entre bajeles de combate y transportes, excedía la cifra de 100 velas, descomponiéndose de esta suerte:

Capitán general, Juan Andrea Doria, en la Real; 16 galeras más de su escuadra.

General de la de Nápoles, D. Sancho de Leyva; 7 galeras, 2 de ellas de Stefano de Mari.

General de la escuadra de Sicilia, D. Berenguer de Requesens; 10 galeras, 2 de ellas del Marqués de Terranova, 2 del señor de Monago, 2 de Visconte Cicala <sup>1</sup>.

General de la escuadra pontificia, Flaminio de Languillara <sup>2</sup>; 4 galeras.

General de la escuadra del Duque de Florencia, Nicolo Gentile; 4 galeras.

General de la escuadra de Malta, el Comendador Carlos de Tixerens; 4 galeras, una galeota, un galeón.

<sup>1</sup> Deudo de Andrea Doria.

<sup>2</sup> Flaminio Orsini, conde de l'Anguillara.



Galeras sueltas de particulares; 5 de Antonio Doria, mandadas por su hijo Scipión; 2 de Bendinello Sauli; 2 galeotas de D. Luis Osorio; una de Federico Stait.

General de las naos, Andrea Gonzaga; un galeón de Fernando Cicala, 28 naos gruesas, 12 escorchapines; 7 bergantines, 16 fragatas.

Salieron las naves del puerto de Siracusa en los días 17 al 20 de Noviembre de 1559 con desdichado sino; un cambio brusco del tiempo les obligó á arribar desde cabo Passaro, con dolencia de las tropas y graves síntomas de indisciplina. La compañía de D. Lope de Figueroa, formada con bandidos de Sicilia <sup>1</sup>, que iba en el galeón de Cicala, se amotinó; dió muerte al sargento, saqueó la carga, y poniendo fuego á lo que no podía llevar, escapó á tierra, sin que se lograra aprender á más de 25 á 30 individuos. Otro tanto quiso hacer la compañía de Vicente Castañola, asimismo de sicilianos; y aunque el General, por justicia y escarmiento, mandó ahorcar á tres de los culpables, cortáronse á otros las orejas y fueron sentenciados á galeras los demás, la impresión pesimista, á que contribuía el naufragio de una de las galeras de Juan Andrea Doria, se dejó sentir en los ánimos desconfiados del caudillo que los regía.

Los menos asustadizos, aquellos capitanes y soldados viejos que servían de núcleo á la hueste, pensaban que la empresa no era ya de provecho habiendo pasado tanto tiempo y entrado el invierno, y dábales razón la mortandad de la gente que continuaba adoleciendo, y echándola en tierra los maestros, perecía en las playas sin que se hallase fácilmente quien la diese sepultura. Apenas quedaban ya en la armada 8.000 hombres, y no sanos; mas no por ello pensó el Duque apartarse de su propósito ni suspender la marcha.

Parcial ó totalmente se repitió en los días de Diciembre la salida, sin que las naves pudieran montar el cabo Passaro por la constancia y fuerza de los vientos contrarios, ni aun á remolque de las galeras. Todo el mes fué preciso para que en

<sup>1</sup> Foragidos, dice Alonso de Ulloa.



dispersión llegaron á Marza Muscietto, en Malta, punto de reunión que se les había señalado, y que las últimas alcanzaron el 10 de Enero de 1560.

Desembarcó la gente á refrescarse, y se organizó el hospital por pasar de 3.000 los enfermos; así, mientras el Gran Maestre y caballeros de San Juan celebraban con salvas de artillería y arcos triunfales la llegada de los expedicionarios, todo menos alegría se dibujaba en el semblante de éstos.

Mandó el Duque reclutar 2.000 hombres más en Sicilia; 1.000 pidió al Virrey de Nápoles; de Cerdeña y otros puntos se procuró raciones; en una palabra, iba desde Malta rehaciendo aquel armamento tan castigado antes de ser de provecho, y en ello se entretuvo hasta el 10 de Febrero. Por fin dió la vela con viento próspero hacia Seco del Palo, fondeadero situado entre Trípoli y la isla de los Gelves, que había de servir de segundo punto de reunión. En este momento empezaba realmente la jornada.

Las galeras hicieron su derrota con escala en las islas Gozzo, Lampadosa y Querquenes, bajando de ésta á tomar el canal de Alcántara y costear la isla de los Gelves, entre ella y la tierra firme, hacia Oriente, con objeto de entrar en la Roqueta, donde se hace aguada.

Acercándose las escuadras hacia la torre que construyeron los catalanes en 1284, donde suele residir el Jeque, descubrieron dos naos ancladas en el canal, y más adentro, cerca de la puente que comunica á la isla con la tierra firme, dos galeotas. Á las primeras fueron las galeras de D. Sancho de Leyva, en tropel, á boga arrancada, por codicia del saco; de las galeotas nadie se ocupó; descuido que tuvo graves consecuencias. Dragut no poseía por entonces allí más de aquellas dos embarcaciones, con las que pudo enviar aviso á Constantino-  
pla, como más adelante se supo: y por mayor mortificación de negligentes vino también á tenerse noticia de estar guardado á bordo el tesoro del corsario, por desconfianza de los moros de tierra.

Surgieron las galeras en la Roqueta con prevención de Juan Andrea Doria de prepararse al aguada al amanecer el



día siguiente, 15 de Febrero, desembarcando la tropa que había de proteger la operación. D. Alvaro de Sande la dirigió en persona, formando cuatro escuadrones de picas con mangas de arcabuceros; y aunque trataron de defender el desembarco unos 400 turcos escopeteros á caballo, apoyados por 300 moros á pie, y de cargar á los que llevaban los barriles, no lo consiguieron. Tampoco á los nuestros fué posible tomar hombre vivo á los enemigos, por la ventaja de la caballería con que se reparaban. De haber sabido que Dragut se hallaba en aquel momento en la isla con poca gente, en hostilidad con los naturales, y lo de las dos galeotas dichas, tomara otro sesgo la jornada.

Duraron las escaramuzas hasta el obscurecer, concluida la operación del agua, que costó algunos heridos, entre ellos don Alvaro de Sande de arcabuzazo en la ijada. Aquella misma noche, después del reembarco de los españoles, marchó Uluch-Alí con las galeotas en demanda de socorro al Gran Señor, y Dragut pasó por el puente á tierra firme, temeroso de que se lo cortaran.

No parece que ocurriera á nadie la conveniencia de hacerlo: las galeras zarparon en la amanecida del 16 pasando á Seco del Palo en espera de las naves y aun de otras galeras rezagadas, en número de ocho; las cuatro de Malta, las dos de Monago y las patronas de Doria y de Sicilia. Cuando llegaron estas ocho á la Roqueta, echando gente en tierra para proveerse á su vez de agua, haciéndolo sin el orden debido, por competencia sobre quién había de ser cabeza, los turcos cargaron con furia, matando 150 españoles, de ellos cinco capitanes.

Bien dejaba vaticinar la mala dirección de los principios que no había de ser bueno el fin.

Próximas al Seco del Palo estaban acampadas las tribus Mahamidas, enemigas de los turcos, y al llegar las galeras se pusieron en comunicación, informando al Duque de cuanto va aquí indicado; del paso de Dragut hacia Trípoli con 800 caballos y de la partida de Uluch-Alí con las galeotas. Ofrecían su cooperación y la del rey de Carauan, que por enton-





ces andaba en el interior, pretendiendo fuera la armada cristiana á los Gelves y pusiera en posesión de la isla á Mazand Jeque elegido, expeliendo á los turcos, y que hecho esto podía pasarse á Trípoli, á cuya conquista todos ayudarían.

En parlamentos, consejos y discusiones pasaron todavía quince días sin llegar á un acuerdo. Quién opinaba por la vuelta á Sicilia, visto que Trípoli se hallaba en defensa; quién proponía la ocupación de los Gelves como empleo de la expedición y base para continuar lo de Trípoli en el otoño venidero, y quién sostenía se cumpliera el objeto del armamento, que había sido el ataque de aquella plaza.

Durante las conferencias, á los efectos de la mala calidad de los víveres, se unían los del agua salobre de aquellos lugares y las emanaciones de los pantanos de Zuara, creciendo el número de los enfermos. Lo estaban Juan Andrea Doria y el Comisario de Florencia, Pedro Machiavelli; habían fallecido Quirco Spinola, cuatro caballeros de San Juan y más de 2.000 hombres de guerra y mar; escaseaban las raciones por haberse perdido sobre los Querquenes en aquellos mismos días dos naves de la provisión, y en la propia costa de Trípoli la nao capitana, nombrada *Imperial*, por andar con malos tiempos en sitios de tantos bajíos.

El Duque recomendó separadamente á los jefes discurriesen lo que más convenia, citándolos á consejo definitivo, que había de celebrarse en la galera Real. Al reunirse, reconocieron unánimes la necesidad de la empresa de Trípoli, pues que á ella los había enviado S. M. Católica juntando la armada; pero juzgáronla por el momento irrealizable, conviniendo al fin en ir á los Gelves en espera de la gente y naves con que se había de reforzar la expedición. Quedaron por amigos los Mahamidas, recibiendo regalos, con oferta de guardar el paso de la puente á los turcos, y aun de formar un cuerpo auxiliar de 400 caballos, pagado por los cristianos.

El 2 de Marzo se trasladó la armada á las cercanías del cabo Valguarnera con temporal que estorbó el desembarco. Había de hacerse al Oeste de la torre ó castillo unas seis millas, por ser el terreno á propósito y cercano á once pozos



de agua potable, aunque no muy buena, según noticia de los confidentes, confirmada por el reconocimiento que hicieron el Cómite real y el maese de campo Miguel de Barahona.

Se puso toda la gente en tierra el 7 de Marzo sin oposición alguna; antes vinieron dos moros á hablar al Duque de parte del jeque Mazaud, haciendo saber que había sido recibido de toda la gente de la isla por señor, y en este concepto se reconocía vasallo del Rey de España; por tanto, podía volver á embarcar la hueste, y si quería comprar algún refresco, que se mudara á la Roqueta, adonde el Jeque iría á verse con él para tratar del ataque de Tripoli.

Cónocida la malicia de semejante embajada, contestó blandamente y con razones dilatorias requeridas para ir alojando la gente con precaución, sabiendo por un cautivo cristiano escapado cómo la población de la isla estaba unida con pensamiento de pelear juntamente con los turcos que presidaban el castillo.

A 8 de Marzo, formado el ejército en tres cuerpos, llevando la vanguardia el Comendador de Malta con sus caballeros y las compañías alemanas y francesas; el centro, Andrea Gonzaga con las italianas, y la retaguardia D. Luis Osorio con las españolas, emprendió la marcha hacia los pozos, distantes ocho ó nueve millas de camino llano y espacioso. El Duque desplegó por primera vez su guión de Capitán general, donde había hecho pintar la torre de Babel en ruinas, con esta letra profética: NISI DOMINUS AEDIFICAVERIT DOMUM IN VANUM LABORAVERUNT QUI AEDIFICANT EAM.

Los berberiscos se prometían repetir la acción que tuvieron con D. García de Toledo, dejando que la tropa marchara sin otra molestia que la sed para atacarla en los pozos, que habían cegado con piedras y arena, á excepción de uno. Confían en la dolencia que traía postrados á los más de los expedicionarios, y más les animó el accidente de haberse atacado la artillería en un pantano.

Cuando los escuadrones se aproximaron al bosque, mientras lo flanqueaban las mangas de arcabuceros, avanzó á limpiar los pozos una sección de gastadores, y los berberiscos



emboscados tuvieron que salir antes de lo que querían, cargando la caballería tres veces, con salvajes alaridos, á pesar del destrozo que hicieron en ella los arcabuces. La escaramuza se prolongó hasta declinar el sol, sin que hubiera de nuestra parte más de 30 muertos y 50 heridos, mientras que de la suya cayeron 300 para no levantarse más, subiendo á 500 los estropeados.

Advirtieron con el desengaño convenirles el sistema de contemporización, por el cual se sometió de seguida el jéque Mazaud, obligándose á pagar el tributo mismo que la isla satisfacía al sultán Solimán y á Dragut. Entregó en consecuencia el castillo, y el Rey de Carauan, el Jeque de Túnez y los de las tribus Mahamidas visitaron al Duque ofreciendo servicios.

El ejército se alojó en campo atrincherado, al que acudían los moros con provisiones, mientras se adoptaba en consejo de generales el plan sucesivo, que no dejó de tener contradicciones antes de resolver la fortificación del castillo antiguo para dejar en él guarnición.

Consistía el trazado que se hizo de las obras, en cuatro grandes caballeros ó baluartes que, con bastiones y cortinas, encerrarán la fábrica vieja, y se distribuyó el trabajo encargando á los alemanes la excavación del foso; uno de los baluartes á los caballeros de Malta; otro á los italianos; otro á los españoles; el cuarto á la gente de mar, independientemente de los grupos que acopiaban el material de palmas, olivos, greda y fajina, transportándola con camellos de la isla.

La emulación de las naciones fué muy provechosa á la rapidez de la construcción, aunque muchos trabajadores adolecían de fiebres malignas. Para el 23 de Abril estaba el fuerte en estado de defensa, faltando obras ligeras que podían hacer los de la guarnición.

Constaba la designada de 2.000 infantes, españoles, italianos y alemanes, y la compañía de caballos, teniendo por gobernador al maese de campo Barahona. Bendecido por el Obispo de Mallorca, se arboló el estandarte real, saludado



por la artillería y arcabucería, y se trató ya de embarcar la gente que no hacía falta.

En todo este tiempo habían ido llevando las naves desde Sicilia y Cerdeña mantenimientos, dinero y reemplazo de soldados; y corriendo nuevas de armamentos en Constantinopla, reclamó el Maestre de Malta el regreso de las galeras y gente que necesitaba para la defensa de la isla: marcharon el 8 de Abril. El Virrey de Nápoles pedía también la infantería con urgencia, influyendo su empeño en la terminación de las obras.

Dióse pregón y orden de embarco general el 6 de Mayo, haciéndolo la infantería italiana y parte de la española con mucha calma. Durante la operación, dos horas antes de anochecer el día 10, llegó una fragata despachada de Malta con noticia de haber tocado en Gozzo la armada turca cuatro ó cinco días antes, en número de 80 velas; que había hecho aguada y continuaba la derrota hacia Trípoli, al parecer, sabiendo el número de naves que estaban en los Gelves por una embarcación apresada.

En efecto: ocho días habían bastado á Piali-Bajá para armar 64 galeras reforzadas, embarcar en cada una 100 genizaros y hacerse á la vela.

Esparcida la nueva por el campamento, empaquetaron por encanto los soldados sus efectos, corriendo á la playa en tropel y metiéndose en el agua por asaltar los esquifes. El desorden, la gritería, la obscuridad que comenzaba, daban á la escena un aspecto que no es fácil describir; nadie pensaba más que en su interés, en tanto llegaba el momento de pensar sólo en la persona. Don Alvaro de Sande dió acicate á los de la guarnición del fuerte para acabar de entrar municiones y vitualla, por un lado; para embarcar enfermos, por el otro; en medio de la confusión parecida á la de la ruina pintada en la insignia del Capitán general.

No estaban más serenos los ánimos en la escuadra. Reunido el Consejo á bordo de la Real, manifestó Juan Andrea Doria que iba á tratarse tan sólo de la manera de salir cuanto antes de los bajos, y de dar la vela aprovechando el buen



viento del Sur, que felizmente estaba entablado. Las opiniones, como de ordinario sucede, no se concertaban; había, sin embargo, mayoría en la estimación de contar con unas doce horas antes de amanecer, en cuyo espacio se podía embarcar la tropa y salir con buen orden. Don Sancho de Leyva insistió en que enviados esquifes y lanchas á tierra, y trayendo una barcada de gente, salieran á la mar las galeras; si amaneciendo no se descubría la armada turca, volverían por el resto de los soldados; en caso de avistarla, procederían á lo que se decidiera. Debían de quedar en el puerto dos galeras destinadas al General, Duque de Medinaceli y su casa. En punto á combatir, el mismo Leyva, sostenido por Scipión Doria y pocos más votos, juzgaba que, bien combinadas las galeras con las naves, formaban fuerza no inferior á la del enemigo, ya fondearan en línea, interpoladas, ya navegaran en grupos, pues sólo las naos, que eran 30, y los tres galeones, habían de hacer mucho daño con la artillería.

No prevaleció esta opinión, sosteniendo el jefe, Juan Andrea Doria, la suya, fundada en que, no teniendo el Rey Católico otra escuadra, era necesario ante todo preservarla, para que, reforzadas con la galeras de España, tuviera en respeto al Gran Turco. Contra todos los otros pareceres halló objeciones; ya en la poca agua que tenían á bordo las galeras, ya en el peligro de los bajos para las naos, ya en la imposibilidad de que unas y otras navegasen ó combatiesen juntas y de concierto. Decía que los turcos llegaban descansados y fuertes, mientras en la armada cristiana estaban fatigados y enfermos de los trabajos. Tenía por seguro que ningún hombre prudente se obstinaría en poner en aventura las fuerzas navales del Rey, y, por consiguiente, protestando de cualquiera otra opinión, decidía, valer más *una buena escapada, que un combate en que evidentemente se perderían*<sup>1</sup>. Determinó, en consecuencia, que las naves se pusiesen en franquía desde luego y se preparasen para hacerlo las galeras.

<sup>1</sup> «Un bel fuggire che un bravo combattere e perdersi a fatto.» Anton Francesco Cirmi Corso, *Successi dell' Armata della Maestà Catholica destinata all'impresa di Tripoli.....* Turino, 1560.



Llegó en esto el Duque á bordo de *La Real*, con lo que se prolongó el consejo. Juan Andrea se felicitaba de la circunstancia que consentía practicar su plan, pues nada impedía ya que las galeras partieran al momento; el Duque observó que lo impedían los soldados, pues no los quería abandonar, y contra la insistencia de Doria y de las protestas de inseguridad de la armada que hacía, se volvió á la playa, dejando acordado un viaje de los esquifes, y la permanencia en el puerto de dos galeras sutiles en que el Capitán general se embarcara al amanecer, con los últimos.

Arrepentido de la condescendencia, Doria, hizo en *La Real* señales de levar, pasada la media noche: había ocurrido una mudanza en el viento que trastornaba todos los supuestos. De S, que empujaba el viaje hacia Malta, había saltado al NE., justamente por la proa.

En tierra habló el Duque con D. Alvaro de Sande, imponiéndole de lo ocurrido y de su propósito de embarcar en la madrugada. Al Gobernador del fuerte dejó instrucción de cómo se había de manejar con el Jeque; á los oficiales alentó diciendo que si pensara que los turcos venían contra el castillo se quedaría en él; pero siendo la armada la que estaba en peligro, se iba á correrlo embarcado. Con esto se entró con D. Alvaro en una fragata que les llevara á la galera.

Empezaba á clarear el día, y ya entonces, á fuerza de remos, contra viento y mar se había desatracado de la costa Juan Andrea Doria cosa de siete millas. Unas tres á sotavento mostró la luz primera á las galeras turcas muy unidas. Piali, desde la isla de Gozzo á la Lampadosa, y de ésta hacia la costa, había sufrido vientos contrarios que le obligaron á tomar el fondeadero de Seco del Palo. Tuvo allí pormenores de las fuerzas de mar y tierra con que contaba el Duque, acaso un tanto exageradas, y receloso del encuentro quería esquivarlo, limitándose á poner en tierra el socorro de soldados para Trípoli; pero tantó le instó Uluch-Ali á verificar un reconocimiento, al que personalmente se ofrecía como práctico consumado de los Gelves, que consintió en que se hiciera con una galeota, en que embarcó también Cara-Mustafá,



virrey de Mitilene. La suerte les deparó la presa de una embarcación pequeña, por cuya gente supieron cuanto podían desear, siendo ya fácil á Uluch-Ali decidir á su jefe al ataque de un enemigo descuidado y en desorden. En la tarde anterior había surgido por fuera de los bancos, á 17 millas de distancia, pensando emprender el ataque, como lo hizo, al despuntar el alba.

En la vanguardia cristiana iba Scipión Doria con tres galeras; y como descubrió al enemigo, no teniendo instrucciones, arribó hacia *La Real*, dando aviso con un cañonazo. Ninguna disposición ordenó Doria en aquel trance; arribó también con *La Real* en dirección del fondeadero de que había salido, con precipitación y aturdimiento, que aumentaba la escasa claridad. Calaba mucho la galera, que era hermoso buque; tomaron mal sus pilotos las enfilaciones del canal, y quedó varada en un cantil. Entonces, plegando el estandarte, se fué á tierra Doria con el esquife, abandonando el bajel á los forzados, que no tardaron en ponerlo á flote y unirse á las fuerzas de Piali.

Fácil es calcular la influencia que el ejemplo del General tendría en las escuadras. Indecisos los jefes un momento, no existiendo cabeza, ni acuerdo, ni prevención para caso tan inesperado, tiró cada cual por su rumbo, en dispersión y desorden tan grande, que ni aun á huir acertaban. Cinco de las galeras de Juan Andrea arribaron como él hacia tierra y lograron ponerse bajo la artillería del fuerte; otras encallaron en los bajos, en número de ocho ó diez. De las que tomaron la mar, cargadas de vela algunas, sin medir la gran fuerza del viento, partieron los palos ó las entenas después de separarse de las que formaban grupo.

Los turcos dividieron su armada en dos secciones, dirigidas respectivamente, hacia las que escapaban por mar ó tierra. En éstas, que habían varado en los bajos, hubo escenas vergonzosas: la gente se tiraba al agua sin pensar en resistencia, habiéndose dado caso de alguna que se dejase tomar por un bergantín ó esquife con ocho ó diez turcos. De las que salieron á la mar, las de Scipión Doria, de Antonio Maldonado y



tres de Florencia, escaparon por pies, defendiéndose. Flaminio Orsini, general de las del Papa, resistió peleando bizarramente con tres enemigas; D. Sancho de Leyva reunió cuatro de su escuadra, con las que hizo inútil pero honrosa resistencia. Cuatro veces rechazó el abordaje de las contrarias, y hubo al fin de sucumbir al número.

Aparte esta defensa, y el voto marinerero de combatir á la armada turca, bien al ancla, bien á la vela, combinadas las galeras con las naves, decisión que hubiera producido muy distinto resultado, las más de las relaciones del tiempo atribuyen á D. Sancho de Leyva mucha parte del fracaso. Pintanle de carácter discolo, opuesto por sistema á lo que otros, principalmente superiores, proponían. Por él escaparon las dos galeotas de Uluch-Ali al llegar la expedición á la Alcántara; por él se retardaron los trabajos del fuerte, en que no quiso tomar parte, ya que lo hiciera para entorpecerlos; por él se retrasó el embarco de soldados, teniendo entretenidos los esquifes en llenar sus galeras de aceite, lana, frutas, ganados, con que se prometía comerciar, y con lo que las abarrotó y embarazó, dificultando, si no imposibilitando, la defensa en el combate, con mengua de su reputación, de su nombre y de lo que debía á su autoridad de general de la escuadra de Nápoles.

A las naves artilladas no osaron los turcos, contentándose con las que en aquel desorden les eran abandonadas, acreditando esta experiencia la razón con que algunos jefes habían opinado que en la unión de las fuerzas cristianas consistía su salvamento. Si al menos hubieran hecho todos lo que Orsini; si las galeras se mantuvieran juntas, no tuviera la derrota tan grandes proporciones. Hacía falta para ello que el General conservara su puesto, y que antes de la acción dictara las disposiciones convenientes, lejos de lo cual apareció que las galeras de particulares, lo mismo que las de Leyva, por no desperdiciar la ocasión, estaban cargadas hasta no poder más de los objetos ó frutos cogidos en los Gelves.

Fueron apresadas, de Juan Andrea Doria: *La Real*, *Signora*, *Condesa*, *Pellegrina*, *Presa*, *Divitia*; total, 6.





Del Papa: *Capitana, San Pedro, Toscana*; 3.

Del Duque de Florencia: *Elbigiana*; 1.

De Nápoles: *Capitana, Patrona, San Jacobo, Leyva, Mendoza*; 5.

De Sicilia <sup>1</sup>: *Capitana, Patrona, Galifa, Águila*; del Marqués de Terranova, *Capitana Patrona*; de Monago, *Capitana, Patrona*; 8.

De Antonio Doria, 1; de Bendinelo Sauli, 1; de Starti, 1; de Mari, 1; 4.

De modo que, sin sangre, se hicieron dueños por entonces los turcos de 27 galeras y 14 naves, salvándose 17 de las primeras, que llegaron á Trajana, y 16 de las otras en varios puertos <sup>2</sup>.

Don Alvaro de Sande acudió con arcabuceros á la playa con el fin de proteger á los muchos que, desnudos, llegaban nadando, mientras el Duque, Juan Andrea y el comendador Guimarán conferenciaban acerca de lo que se hubiera de hacer, sin ocurrir á los dos últimos otra cosa que salir, como se pudiera, de la isla.

La iniciativa era de Doria, razonando que para lo pasado

<sup>1</sup> La escuadra de Sicilia siguió el ejemplo del Capitán general, embarrancando en los bajos y rindiéndose sin resistencia.

<sup>2</sup> No todos los historiadores, ni las relaciones particulares, conforman: Antonio de Herrera, *Historia general del mundo*, lib. II, cap. II, sube á 25 las naves apresadas; otros anotan 28 galeras, una galeota y 27 naves. «Perdiéronse nuestras galeras tan ruinmente (dice una relación), que entre todas sólo dos ó tres pelearon.» *La Mendoza* de Nápoles quedó sin gente: toda murió combatiendo. Sucumbieron en ellas el alférez Gil de Oli y el alférez Sebastián Hurtado, y otro alférez que se decía Iñigo de Soto, peleando como muy buenos soldados. Aunque en las demás no se peleó, no por eso dejaron de matar los turcos mucha gente en ellas, pareciéndoles que no era victoria si no la ensangrentaban. Á Flaminio Orsino, general del Papa, mató una bala de artillería. Prendieron á D. Sancho de Leyva, general de las galeras de Nápoles, con dos hijos suyos, D. Juan y D. Diego. El D. Juan venía en la *Leyva* con gente de su compañía, y sólo él tomó armas para los enemigos, y se fué á la proa de la galera con espada y rodela para defender que no entrasen los turcos. Prendieron á D. Berenguer, general de las galeras de Sicilia, con D. Juan de Cardona, su yerno. Éstos se perdieron por hacer lo que debían en seguir al General. Prendieron á D. Gastón de la Cerda, hijo del Visorrey de Sicilia, y al Obispo de Mallorca, y á D. Fadrique de Cardona, y al maestro de campo Aldana, y á otros muchos caballeros y capitanes. El autor disculpa á Juan Andrea Doria por estar enfermo, muflaco, de una recaída que le tuvo dos veces á punto de morir.



no había remedio; que los sucesos de la guerra penden de la fortuna, y que, habiendo de acudir á la prevención de mayores males, era bueno que el Duque marchara inmediatamente á Sicilia para asegurar las plazas, juntando dineros y gente. En cuanto á su persona, decidido estaba á marchar de noche en una fragata, reunir las galeras que hubieran escapado y dar orden en el armamento de tres que en Sicilia y Malta se hallaban.

El Duque, remiso anteriormente en embarcar sin los soldados, bien que entendiera que al presente nada tenía que hacer en los Gelves, no quiso tampoco determinar por sí ni seguir el consejo del General de mar, sin que los de tierra deliberaran sobre lo que interesaba á la honra; y como todos juzgaran que debía acudir á su obligación en Sicilia, venció la repugnancia. Quiso llevar consigo á D. Alvaro de Sande, que tampoco tenía deberes que llenar en aquel sitio; con todo, dijole éste que, consultando con el fuero interno si le era mejor hacer compañía á su Excelencia ó quedar donde se hallaba, entendía convenir lo último al servicio y á su propio respeto; porque habiéndose salvado mucha gente de las galeras, y siendo de diferentes naciones y calidades la acogida en el fuerte, era menester persona de mayor cargo que el maestre de campo Barahona para tenerla á raya y cuidar de la economía del agua y bastimentos. Ofrecía, pues, la suya con la certeza de sucumbir, porque no podía hacerse ilusiones en cuanto al socorro que hubiera de darle la armada, deshecha y desmoralizada; pero contaba entretener á la del turco en el asedio todo el verano, y librar, por consiguiente, á Sicilia y Nápoles del gravísimo peligro de tener sobre sus costas á los mahometanos victoriosos.

Oídas estas razones, autorizó el Duque la noble y generosa resolución de optar por las miserias que amagaban á los infelices de los Gelves. Leyéndolo se ensancha un tanto el corazón, oprimido de la vergüenza ajena.

Aprovechó la precisa necesidad y ocupación natural de los turcos en asegurar las presas y los cautivos: llegada la obscuridad de la noche, partieron los generales de tierra y mar



en fragatas ligeras, acompañados de algunos íntimos. Llegaron en salvo á Malta en *bel fuggire*, pero el autor de la frase se dejó la honra en lenguas de marineros y soldados.

Para el Duque fué más benévolo el juicio de los contemporáneos: las condiciones de caballerosidad de su persona y la deferencia y agrado con que trató á los capitanes extranjeros, suavizaron la consideración de las condiciones de caudillo que le hacían falta. Dijeron, sí, que era más apto para lucir en los salones de la corte el fausto de su arrogancia que para dirigir en campaña una hueste. Más severos los que se encontraban fuera del peligro, los que para nada tenían en cuenta la situación del General derrotado, ni del padre que sacrificaba á su propio hijo <sup>1</sup>, dieron fácil sentencia, si hemos de admitir la que condensó en estas frases el palatino cronista Cabrera de Córdoba <sup>2</sup>:

«Increíble parece que una armada poderosa de gente y vasos en un instante se arruinase de su temor más que de la fuerza vencida, con pérdida de tanta gente, municiones, máquinas, bajeles, aumentando á los enemigos el triunfo y la victoria tan sin sangre alcanzada, con infamia de los cristianos; porque si las naves y galeras esperaran en batalla, ó detuvieran el furor del enemigo, ó les costara la victoria tanto que no se atrevieran á sitiar el fuerte y se salvara la guarnición. Pero ¿qué no envilece el miedo? ¿Y qué no pone en confusión? ¿Y qué no mete en peligro la ambición, la satisfacción, la poca práctica, como la del Duque, de lamentable memoria para España?»

La posteridad desapasionada debe, en justicia, reformar el concepto. La ambición, la satisfacción, la ineptitud militar del Duque de Medinaceli, si se quiere, fueron poderosas causas del desastre; pero si el temor, como parece cierto, lo produjo, multiplicando las proporciones, no influyó en el ánimo del General del ejército; turbó la mente y empequeñeció el

<sup>1</sup> Don Gastón de la Cerda, hijo segundo del Duque, niño que iba en la Capitana de Sicilia al cuidado de una dueña, fué cautivado. Murió en Constantinopla.

<sup>2</sup> *Felipe II*, t. I, pág. 296.



corazón del General de mar, en cuyas manos puso el destino aquel aciago día la suerte de la jornada.

Piali, vencedor, desembarcó su gente; ordenó á Dragut le acudiera con la de Trípoli y con artillería de batir, y antes de abrir trinchera ofreció por el fuerte buenos partidos á Don Alvaro de Sande, que contestó no pensara haberlo á tan poca costa como la armada <sup>1</sup>. Entonces comenzaron las operaciones de uno de los sitios más dignos de memoria por las circunstancias que, más que los enemigos, afligian á tanta gente inútil acogida en el fuerte, por falta de agua que darles y por el plan certero de Piali de cerrar todo acceso y dejar al tiempo el resultado <sup>2</sup>.

Es de repetir la observación hecha en otros capítulos, de cómo en las expediciones y armadas del siglo XVI, lo mismo en Africa que en América ú Oceanía, cualquiera que fueran el objeto, el término y las dificultades, iban mujeres decididas á compartir los trabajos del soldado. Don Alvaro de Sande se encontró en el fuerte con muchas de éstas, que hacían subir el número de bocas á más de 5.000, cuando las raciones estaban calculadas para 2.500 en mes y medio. Tocante á la provisión de agua, discurrió uno de los soldados evaporar la del mar; y recogiendo vasijas de cobre construyeron 18 alambiques, que al principio daban 30 barriles diarios, disminuyendo luego por escasez de leña <sup>3</sup>. Mezclándola con la salobre de los pozos y distribuyéndola en cortisimas proporciones, se fué prolongando la defensa del fuerte con malestar indecible. Mucho tenía que ser el del hambre cuando hubo en la guarnición quien la mitigara con cadáveres de turcos; mas de todo punto se hacía irresistible el tormento de la sed en aquella abrasada tierra bajo el rigor de la canícula, trabajando durante la noche con picos y azadones,

<sup>1</sup> Herrera, ob. cit., lib. II, cap. II.

<sup>2</sup> Constan pormenores en el libro citado *El desastre de los Gelves*.

<sup>3</sup> Dirigió la operación un capitán siciliano, llamado Sebastián Poller, al que ofreció buena recompensa D. Alvaro de Sande; mas no se inventó entonces el procedimiento, como algunos piensan; sentado queda en el tomo anterior que Blasco de Garay lo presentó al Emperador como de su discurso.



peleando durante el día sin reposo de un momento. Muchos perecieron en tales suplicios; muchos, no resistiéndolos, se arrojaban de la cortina, buscando en el campo enemigo la esclavitud á trueque de un sorbo de agua; sólo al fin, D. Alvaro de Sande pretendía que la humanidad no fuera flaca, presenciando horrores con tal de ver por un sol más flotando al aire en el fuerte el estandarte de Castilla.

Llevada la resistencia hasta fines de Junio, ó sea á los ochenta y un días de la llegada de los turcos; cuando quedaba, según se creyó, para dos la insuficiente ración de agua; no teniendo los baluartes ningún cañón en uso; después de caer sobre ellos 12.000 balas y 40.000 flechas; reducida la gente á 800 hombres de armas tomar, les animó el General á una salida desesperada, con que todo acabó.

Rendido el fuerte; rendidas las galeras que se habían conservado á su sombra, los enfermos y heridos pasaron por la espada turca, ó fueron vendidos en almoneda á las gentes de Trípoli; los baluartes que abrigaron á los defensores, arrasados con la tierra que les sirvió de material; quedó con ello pujante en la mar la armada mahometana; las costas de Nápoles y Sicilia sufrieron las consecuencias, tanto en la retirada de Piali, como después por acometidas de Dragut, que había reunido escuadra de 40 velas, sin que Juan Andrea Doria con 17 galeras y siete galeotas, á que fueron á juntarse las de la escuadra de España, mandadas por D. Juan de Mendoza, se atreviera á hacerle cara; antes cayeron en manos del corsario ocho de las de Sicilia, tres de ellas del Rey y cinco de particulares, en sorpresas y combates parciales.

Subió la pérdida del personal en la empresa de Trípoli, uno de los mayores y más tristes descalabros de la armada española, á 18.000 hombres <sup>1</sup>.

Piali celebró el triunfo entrando en Constantinopla el 27 de Septiembre de 1560 en cabeza de su armada. Seguían á la Capitana las galeras de fanal en fila; iban en pos las presas con las banderas y estandartes por el agua, lo de abajo á

<sup>1</sup> Cigni Corso, libro citado.



arriba, cerrando la marcha las galeras sencillas turcas, empa-vesadas y embanderadas, haciendo disparos de artillería.

El día 1.º de Octubre llevaron en procesión á los cautivos al palacio del sultán; D. Alvaro de Sande, D. Berenguer de Requesens y D. Sancho de Leyva iban á caballo; detrás marchaban los capitanes de tres en tres, y seguían los soldados, mirando tristes cómo les precedían, arrastrando por el suelo, sus banderas, cuyas santas imágenes servían de escarnio á los mahometanos. Acabada la fiesta, separaron á los cautivos por categorías, poniendo á los generales en prisión y destinando á los demás al remo en las galeras. Muchos murieron en el cautiverio ó lo soportaron largos años; algunos de los significados debieron la libertad á la favorable ocasión de las treguas convenidas por el emperador Fernando con Solimán el año 1562, pues gracias á la gestión del rey Felipe II se asentó entre las cláusulas del tratado el canje ó entrega de los principales, sin que alcanzara el beneficio á Sande por haber jurado el Gran Señor, según se dijo, no rescatarlo por ningún dinero <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Y cumplió su promesa; pero, muerto Solimán, instó D. Felipe á Carlos IX de Francia para que empleara su influencia en favor de la soltura. Hízolo comisionando especialmente á Francisco Salviati, caballero de Malta, por embajador; y aunque en un principio se negó Selim á tratar del asunto, por ser la primera cosa que pedía su aliado al ascender al trono la otorgó, y D. Alvaro fué á Francia en compañía de Salviati, y se restituyó á su casa. A Brantôme, escritor contemporáneo, aunque extranjero, mereció elogio entusiasta, que también hizo el P. Haedo en la *Historia de Argel*, reseñando las campañas de Italia, Francia, Grecia y Africa en que tomó parte. Don Luis Zapata le dedicó un capítulo de la *Miscelánea (Memorial Histórico Español*, t. XI), observando que, aun con tres cosas á la vista, la muerte cierta, hambre, sed y enfermedad, consideró que rendir la plaza era vileza; y como defenderla era imposible, tomó un valentísimo medio, que fué salir y morir peleando, como un caballero tan señalado. De todos modos no se perdió reputación alguna; otra cosa no se perdió sino la hechura, como parece del soneto compuesto por un soldado, cuyos primeros versos transmite:

«¿Quién eres tú que espantas sólo en verte?  
Soy muchedumbre de árboles cortados,  
Que sobre flaca arena fabricados  
Contra toda razón me llaman fuerte.»

Otros refieren que teniendo en la prisión buen ánimo y semblante risueño, como le preguntaran, respondió: «Llore quien se ha perdido mal; que yo, si he perdido



Cosa es oportuna de referir cómo unos pocos consiguieron librarse por sí mismos. El año 1564 andaba en Constantinopla una galera conduciendo materiales para la fábrica del harén; movían los remos 200 esclavos cristianos, entre ellos 16 capitanes del Rey Católico prisioneros de los Gelves; ocho españoles, cinco italianos y tres alemanes; y hallando oportunidad, armados de piedras mataron á los turcos de guardia y se alzaron con el bajel, llegando con felicidad á Sicilia. Hicieron cabeza Juan Bautista Doria, genovés, y Antonio de Olivera, castellano, gobernador que fué del castillo de la isla después de la muerte del maestre de campo Barahona.

la libertad, he conservado la honra, habiendo hecho en esta jornada lo que era obligado á Dios y á mi Rey, y como hombre he de pasar las adversidades y trances de fortuna.» No faltó, sin embargo, quien le mordiera, estimando que en los Gelves pudo hacer más de lo que hizo, por aquello de no parecerse los hombres á las onzas de oro.

Un hijo de Cicala, joven de diez y ocho años, pariente de Andrea Doria, renegando de la fe, llegó á las más altas dignidades de Turquía.

